proscripto, en que la menor manifestacion cristiana era castigada con la muerte, una tropa de revolucionarios de Rouen, marchó belicosamente hácia Allonville, con la intencion de quemar la encina secular y con ella á la Vírgen que abrigaba. Los aldeanos de la Normandía, aunque mucho menos susceptibles de entusiasmo que los bretones, se reunieron armados bajo de la encina, y rechazaron tan esforzadamente á los republicanos, que éstos tuvieron que huir avergonzados, desistiendo de su loca é impía tentativa. En el tiempo del terror, cuando cesaron los cantos piadosos en toda la tierra de Francia, cuando un pueblo enloquecido con las utopias democráticas, adorando á Marat sobre el altar del *Cristo* (1), vociferaba: *¡Ya no hay santos! ¡ya no hay Dios! ¡ya no hay alma inmortal!* veíase descollar de entre las ramas nudosas del encino de Allonville, la cruz de hierro de la ermita, y se leía aún en el frontispicio de su capilla esta tierna y sencilla inscripcion: A NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

Bajo los sucesores de Constantino el grande, las Galias, en donde el paganismo perdia terreno todos los dias, se habian hecho casi todos cristianos. Desde los tiempos de Teodosio, contenian diez y siete metrópolis, la mayor parte dedicadas á María, y ciento quince obispados que gobernaban obispos de mucho saber, de una rara piedad, de una caridad sin límites y de una ilustre sangre. El cristianismo se esforzaba entonces en atraer á sus costumbres santas y severas á aquellas poblaciones galas, apasionadas por los juegos del circo, las carreras de carros y los placeres seductores del teatro; indignas voluptuosidades, costumbres perniciosas que Roma pagana y corrompida arrojaba políticamente, como cadenas de flores, á aquellos pueblos primitivos que tuvo tanto trabajo en someter, á fin de enervar su valor y hacerles olvidar su dignidad. Los obispos, á quienes con tanta ligereza se ha acusado de haber hecho pacto con el paganismo, tan solo porque fueron impotentes para arrancar esas dañosas raices paganas, ponian por el contrario, todo su cuidado en estirparlas, y ya se lisonjeaban de conseguirlo, cuando repentinamente, en medio de una profunda paz y mientras que la Galia, sin prevision ninguna de su porvenir, descansaba bajo la custodia de las legiones que acampaban en sus grandes ciudades, y las sesenta fortalezas que protegian sus fronteras contra los bárbaros, el sonido de las trompetas guerreras se hizo oir á orillas del rio caudaloso que lo separa de la Germania.... Al instante, numerosos batallones enemigos se precipitan en las llanuras, cuyos ecos repetian todavía débilmente los últimos acentos de las canciones galas; los campos talados por el hierro y el fuego; los rios teñidos de sangre, las ciudades entregadas al pillaje, los circos destruidos, los templos de mármol de los antiguos dioses del imperio arrasados, las iglesias cristianas profanadas, anunciaron la aproximacion irresistible de esos feroces guerreros del Norte, cuyos dioses tenian los títulos significativos de despobladores y de padres de la matanza: entonces cayeron de un golpe sobre las Galias, al modo de un torrente que se desprende de las cimas de las montañas; el guerrero no tiene tiempo ni aun para tomar sus armas; el espanto quita hasta el pensamiento de la fuga: la miseria y la opulencia, la debilidad y la fuerza corren igual suerte.... Un velo opaco y tenebroso, semejante al que la tempestad estiende sobre el horizonte de los mares cuando las olas espumosas y cargadas de algas se estrellan con furor contra los arrecifes, cubre en toda su estension la hermosa provincia romana, y no deja percibir sino el color de la sangre y el resplandor siniestro de las armas. Desde el Rhin hasta los Pirineos, desde el Mediterráneo hasta el Océano, la Galia, en otros dias tan floreciente, no es mas que un vasto teatro de desolacion y de muerte. Esta época desastrosa, que vió caer desecho en polvo al coloso romano, y que cambió en un todo la faz de la Europa occidental, fué la espantosa vorágine donde se sumergió la civilizacion antigua; y Robertson, el gran historiador inglés, no vacila en decir que si lo llamasen para designar el período mas deplorable de la historia del mundo, nombraria sin titubear el que comprende desde la muerte de Teodosio el Grande, hasta el establecimiento de los lombardos en Italia.

1 "En las fiestas de la Razon, dice Laharpe, se ponia el busto de Marat sobre un altar, y se obligaba á aquellos de quienes se sospechaba de fanatismo, es decir, de creer en Dios, á doblar la rodilla delante de Marat." [Véase *del fanatismo en la lengua revolucionaria* pág. 51.]

CAPITULO VII.

LOS TIEMPOS BARBAROS.

La invasion de los bárbaros, fué para la religion como para los pueblos que vivian en la molicie y civilizados á la sombra de las águilas romanas, una época de duelo, de terror y de lágrimas; una noche de sangre alumbrada por el resplandor lejano de los incendios, que hacian mas terrífico el choque de las espadas, y el correr de los guerreros que tomaban ellos mismos el horroroso título de *azotes de Dios*. Cuando el ruido de esta gran marcha de hombres hubo cesado, y cuando se pudo distinguir alguna cosa á traves del humo de las conflagraciones y del polvo de los campos de batalla, se vió que la Europa habia cambiado de faz. Los sajones ocupaban la fértil Inglaterra, los francos se habian apoderado de las Galias, los godos de la España y los lombardos de la Italia. No quedaba ya el menor vestigio de las ciencias, de las artes y de las instituciones civiles y políticas del poderoso pueblo de Rómulo; la barbárie lo habia invadido todo, y todo habia desaparecido delante de ella. Por todas partes se notaban nuevas formas de gobierno, nuevas leyes, nuevas costumbres; una sola cosa habia resistido á esta transformacion general; el cristianismo que debia consolar á los vencidos y humanizar á los vencedores.

El culto de María, debilitado algun tiempo por el arianismo, que dominó fatalmente despues de la invasion de los godos y de los vándalos, volvió á florecer bajo las banderas victoriosas de los fran-

cos. Clovis, que era el único rey católico de su época, concibió el designio de construir en la estremidad oriental de la ciudad, una Iglesia metropolitana, bajo la invocacion de Nuestra Señora, de la cual él mismo puso la primera piedra: su hijo Childeberto la terminó (1). Esta Iglesia, construida en el lugar en que en tiempos anteriores habia ocupado un templo druídico, fué adornada con columnas de mármol, frescos con fondo de oro y un pavimento de mosaico. El poeta obispo Fortunato elogia especialmente las vidrieras del templo, que derramaban en su interior una estraordinaria claridad: estos vidrios eran un lujo importado de Grecia y de Italia, que empezaba á introducirse en las Galias (2).

Clovis I hizo construir tambien la Iglesia de Nuestra Señora de Argenteuil, en donde la princesa Teodora, hija del emperador Carlomagno, tomó el velo despues de haber acompañado á su padre á Italia: esta abadía, que entonces estaba en medio de los bosques, fué arruinada por los normandos, y reedificada con magnificencia por la piadosa reina Adelaida, mujer de Hugo Capeto, que adornó sus altares con obras bordadas por sus manos.

Los demas príncipes merovingianos, sin esceptuar el mismo Chilperico, esposo sanguinario de Fredegunda, dedicaron á la Santísima Vírgen multitud de abadías y de capillas. Radegunda, hija de Bertario, rey de Thuringa, la esposa santa y abandonada del rey Clotario, pedia con lágrimas, en su lecho de muerte, que la enterrasen en la Iglesia, aun no concluida, de Santa María, que hacia construir entonces en Poitiers. Esta misma piadosa princesa, que rehusó volver á ceñir la corona de reina, que su feroz é inconstante esposo le ofrecia de nuevo, fundó en Neustrie, junto á una fuente druídica que los galos de su época se obstinaban aun en adorar secretamente, la Iglesia de Nuestra Señora de Caillouville, que adornaron tantas imágenes de santos que con la mayor sencillez se la comparaba al paraiso. Nada queda ya de la iglesia merovingiana, pero la fuente vierte siempre en el mismo lugar su agua benéfica, y desde muy lejos vienen á ella para buscar la salud. Cuando el agua está clara y reposada, se puede ver aun en el fondo sobre una losa la imágen de Santa Radegunda, con esta inscripcion: "*Rogad por nosotros.*"

Otra esposa de Clotario I, la reina Waltrada, y una hija de ese rey, la princesa Engeltrada, fundaron en Tours, hácia el año 600, una hermosa abadía con el título de Nuestra Señora del *Escrignol* (3); en la cual emplearian indudablemente todas sus joyas. Muchas doncellas de elevada clase se encerraron con ellas en ese monasterio hasta que fué destruido por los normandos.

Gregorio de Tours nos dice que habia entonces en la capital de la Turena una iglesia de Nuestra Señora cuya santidad era tremenda. En las circunstancias mas solemnes, se juraba con la mano puesta sobre el altar de la Santísima Vírgen, y era fama que los que perjuraban morian en el mismo año (4).

La real compañera de Clovis II, Bathilde, aquella hermosa y Santa princesa que fué la perla de los tiempos bárbaros, fundó la soberbia abadía de Chelles donde se retiró cuando hubo terminado su gloriosa regencia: esta abadía situada en medio del espeso bosque donde Chilperico habia encontrado la muerte, fué puesta bajo la invocacion de la Vírgen Santísima. Una gran señora de la corte merovingiana, Lutruda, mujer de Ebrion, aquel célebre corregidor del palacio que ha sido llamado por sobrenombre el Mario de los francos, porque para llegar al poder absoluto se cubrió con la máscara popular, fundó despues de la muerte de su odioso consorte, la espléndida abadía de Nuestra Señora de Soissons, que fué inaugurada por S. Drousin. Seis princesas carlovingias gobernaron sin interrupcion esta abadía durante ciento cuarenta y cinco años. En aquel tiempo, se consideraba á Nuestra Señora de Soissons como la flor de los monasterios de religiosas del imperio franco, y las hijas de las familias mas distinguidas tomaban allí el velo. La afluencia llegó á ser tan considerable que fué necesario contenerla; á ruegos de la abadesa Imma, Cárlos el Calvo fijó el número de las religiosas en doscientas diez y seis. Este príncipe prescribió tambien el establecimiento, delante de la puerta de la abadía, de una hostería y un limosnero para los viajeros. Todo respiraba la piedad en esa opulenta casa; jamas se interrumpia el oficio divino, y se velaba noches enteras ante el Santísimo Sacramento. Cuando el rey estaba en el ejército ó cuando su vida corria algun peligro, el número de las religiosas qué pasaban la noche en oracion ante el altar de Nuestra Señora era mas considerable que de costumbre. Su importancia declinó con la del imperio franco; pero dos reliquias de Nuestra Señora atrajeron allí durante la edad media una gran multitud de peregrinos de todos los países. Hoy dia no quedan, sin embargo, sino algunos arcos derruidos en este claustro merovingiano.

Una princesa austriaca, Plectruda, mujer de Pepino de Heristal, construyó tambien en tiempo de la primera raza, la iglesia de Nuestra Señora de Colonia, que subsiste aún.

Pero de todas las fundaciones piadosas en honor de la Santísima Vírgen, que se remontan á estos tiempos antiguos, ninguna hay que recuerde un hecho mas dramático que el de Nuestra Señora de Tréves, en el antiguo país de Tougres, patria de los francos, que hacia entonces parte del ducado de Austria. ¿Quién no recuerda la leyenda popular

1 Felibien, *Hist. de Paris*, tom. I.

2 El autor mas antiguo que habla de las vidrieras pintadas, es S. Gerónimo, en su comentario sobre Ezequiel, citado por Ducange, *verbo Vitræ*. Despues de S. Gerónimo, es Gregorio de Tours, y despues Fortunato. Pablo el Silencioso, escritor contemporáneo de Fortunato, á quien se debe una descripcion muy pormenorizada de la Iglesia de Santa Soña, tal como era entonces, ha hecho tambien una descripcion de las hermosas ventanas de vidrio de color que adornaban la cúpula de la basílica bizantina. [Véase la *Hist. de Byzancio*, por Ducange.]

3 *Gallia Christiana*, tom. IV.

4 Gregorio de Tours, *de Gl. M.*, cap. 19.

de Genoveva de Brabante, esa leyenda que ha sido referida por tantos trovadores y menestrales en las salas de armas de los grandes barones de los tiempos feudales, y cuyas estampas pegan los habitantes de las cabañas á las paredes mugrientas de su pobre hogar, cantando siempre en sus veladas la cantinela gótica que tanto deleitaba á la corte de Carlo-Magno? Esta historia de los siglos bárbaros, atestiguada por un monumento, recuerda una historia verdaderamente trágica. Sifredo, palatino de Tréves, se arranca con dolor de los brazos de una esposa que adoraba para ir á combatir á los árabes bajo el glorioso estandarte de Cárlos Martel. Golo, primer intendente del palacio del príncipe, es decir, uno de los principales señores, á quien él habia confiado la guarda de su jóven consorte, que era un espejo de virtud y una perla de hermosura, concibió por la santa y encantadora princesa una pasion audaz, que le declara con inaudita insolencia: rechazado con el desprecio que merecia su traicion, el indigno favorito, que á sangre fria habia meditado el deshonor de un hombre que tanto lo estimaba, no vacila en calumniar bajamente á la mujer á quien no habia podido seducir, porque todas las villanías fácilmente se hermanan. Sifredo, tenia confianza en él; estaba lejos, amaba apasionadamente á su mujer, y se sentia celoso; así es que en el primer ímpetu de una indignacion que creía legítima, condena á Genoveva á morir juntamente con su hijo; pero los criados á quienes habian encargado la ejecucion de esta cruel sentencia, que debia tener lugar en un umbroso bosque, no tuvieron valor para cumplir las órdenes que habian recibido; y la princesa belga se interna en ese bosque lleno de fieras con su hijo recien nacido á quien alimenta con su leche una cierva salvaje. Durante seis años, la esposa inocente y calumniada vivió de raices y de frutas silvestres, pidiendo constantemente á Dios con muchas lágrimas que se reconociese su inocencia. La Vírgen misericordiosa, movida de tantas lágrimas y de tanta miseria, se le presenta un dia en las márgenes de una fuente, y le promete que su deseo seria cumplido. Poco tiempo despues, durante una partida de caza, Silfredo, que amaba siempre á su calumniada esposa y que no podia consolarse de su pérdida, la encuentra en el fondo de una gruta cubierta de andrajos, y no teniendo por velo sino sus largos y hermosos cabellos. Golo confesó su infamia y fué descuartizado por cuatro toros salvajes en el Bosque Negro. Terminado este acto de severa justicia, Genoveva hizo erigir una iglesia en honor de María, en medio de los bosques en donde habia vagado durante tan largo tiempo, y en el lugar mismo donde la Madre de Dios se le habia aparecido. Hidolfo, arzobispo de Treves consagró esta iglesia el año 746 (1).

No obstante estas señales de veneracion y respeto concedidas á la Santísima Vírgen, seria desfigurar la historia si pintase su culto como si hubiese llegado á su apogeo bajo la primera raza de nuestros reyes; este culto, pues, no estaba por decirlo así, sino en su aurora. Las devociones locales absorbian en un todo á los nobles y al pueblo: San Martin de Tours, San Dionisio, San German, San Hilario, eran el objeto de una veneracion tan esclusiva, que, escepto Nuestro Señor, todo era secundario y accesorio: solo los altares de estos santos estaban incrustados de oro; solo sus tumbas se cubrian con láminas de plata, y solamente bajo las bóvedas de sus iglesias romanas se suspendian en *ex voto* los vestidos tejidos de oro y bordados de perlas preciosas (2). La cándida imágen de María, las grandes figuras de los apóstoles, el ejército de los mártires, desaparecian ante los primeros obispos galos. Un impostor llamado Didier, que quiso establecer una secta en el siglo sesto, se decia con arrogancia, *mas grande* que los apóstoles y *casi tan santo* como el mismo San Martin (3). Este modo de obrar mas que nos cause alguna sorpresa, era procedente de la estincion gradual de las luces; era porque entonces las leyendas y los romances tenian lugar preferente á la lectura del Evangelio, y porque la ignorancia que ha sido un mal y lo será siempre, no se detenia por lo comun ante el umbral de los templos cristianos; era, en fin, porque los succesores de los Basilios, de los Ambrosios, y de los Crisóstomos, merecian que Alfredo el Grande dijese de ellos, con mucha tristeza: "Desde el Támesis hasta el Humbra, no comprenden ya mas el *Pater*, y en el resto de la isla es peor aun (4)."

Las Galias no se convirtieron enteramente al Evangelio bajo los reyes merovingianos: los francos habian completamente abjurado sus feroces divinidades germánicas, pero aun quedaban algunos vestigios del politeismo entre los romanos de las ciudades que continuaban en deducir augurios del vuelo ó del canto de los pájaros; en celebrar el juéves en honor de Júpiter, en jurar por Neptuno, Pluton, Diana ó los genios; en fin, hasta osaban todavía encender lámparas en los templos abandonados de los ídolos, y suspender en ellos ofrendas, como se los reprochaba San Elías en sus homilías. Estos débiles retoños de la idolatría griega y romana, se secaron muy pronto sobre el suelo que no queria ya alimentarlos; pero el culto de los celtas, como lo hemos dicho en el capítulo antecedente, resistió vigorosamente á la hoz sacerdotal y no murió sino despues de muchos siglos. En el cuarto todavía se veia pasear por los campos la imágen de la diosa Bericinthia que representaba *la tierra cultivada:* en el quinto, un cánon del segundo concilio de Arlés declara, que "si un señor de un castillo deja encender antorchas ante los árboles, las fuentes ó las piedras, será separado de la comunion de los fieles, despues de haber sido amonestado y solemnemente informado." Al fin del siglo sesto, el concilio de Auverre prohibe el

1 *Add. ad. Molan, de Belgic.*

2 Véase *Vida de Dagoberto*, por el monge de San Dionisio.
3 Gregorio de Tours.
4 Robertson's *History of the empesor Charles V*, tom. I, pág. 186.

hacer votos á los matorrales, á los árboles ó á las fuentes (1). En un concilio de Nantes, cuya fecha fija Flodoardo en el año 658, se recomienda á los obispos manden arrancar los árboles á los que el pueblo breton persista en rendir un culto supersticioso, y por los que tenia tanta veneracion, que no se atrevía ni á cortar sus ramas. El sacerdote Paulino nos presenta á esos mismos galos que se habian vuelto idólatras con la mayor sencillez, sirviendo manjares sobre las piedras sagradas que se encontraban al pié de estos árboles, ó bien rogando ante un antiguo roble que tal vez servia de sepultura á algun gefe de los druidas, oculto dentro de su tronco, con la humilde ofrenda fúnebre de un puñado de fabucos (2) á fin de que tomase bajo su guarda á sus mujeres, á sus hijos, á sus criados y á sus casas (3). Las capitulares de Carlo Magno imponian tambien penas muy severas contra esas supersticiones que sobrevivieron á la dinastia de de Meroveo (4); lo que prueba que bien valian la pena de que se ocuparan de ellas en los primeros años del siglo nono. En las dos Armóricas oriental y occidental, fué principalmente en donde la semilla del Evangelio sembrada tarde, creció con mas lentitud, y por lo cual el culto indígena, favorecido por sus bosques tan antiguos como el mundo, se mantuvo á pesar de los concilios y de los obispos que hacian toda clase de esfuerzos para estirparlo. El desierto de Scycy, en la península de Cotentino, estaba aun poblado en el siglo sétimo, de galos idólatras que vivian allí, dicen los cánones de algunos concilios de aquel tiempo, positivamente como *bestias salvajes*. Pero si la idolatría, sostenida por los bardos, los agoreros y algunos druidas errantes en los bosques, se manifestaba obstinada, el celo cristiano tenia tambien el ardor y la constancia que se necesitaba para vencerla; y los hechos lo probaron. En el fondo de esas soledades perdidas, reputadas por el asilo de los demonios, y en donde se veian cosas muy estrañas cuando las antorchas resinosas de los galos que iban de noche á alguna ceremonia prohibida, enrojecian con su luz las hojas de los grandes encinos, ó formaban una llama en derredor de los *dolmens* negros plantados sobre las malezas que plateaba la luna (5), era allí, decimos, donde algunos ermitaños, comunmente de ilustre nacimiento, venian á establecerse sin temor alguno, abrigándose en unas pobres chozas de césped, cubiertas con cañaverales. Las hojas secas de los árboles les servian de lecho; frutas y raices silvestres eran su alimento; una toga de lana tosca y blanca, y cerrada toda como las del pueblo romano, su único vestido (6). Abriéndose paso á traves de los matorrales de esos bosques vírgenes, de los cuales ignoraban las ocultas veredas, aquellos buenos pastores buscaban por todas partes las ovejas salvajes que querian hacer entrar en el rebaño de Jesucristo. Cuando la fama de santidad de uno de esos solitarios llegaba á esparcirse como los efluvios suaves y penetrantes del lirio de los prados á través de las antiguas selvas de la Neustria, otros anacoretas corrian á ponerse bajo su disciplina y autoridad. Entonces trabajaban la tierra seca y endurecida, que las malezas y las zarzas obstruian hacia muchos siglos; entonces las espigas empezaban á aparecer sobre las incultas colinas; entonces, por fin, y á la hora en que los pájaros trinan en los árboles, los himnos de Sedulio en honor de la Vírgen María, se elevaban en modulaciones lentas y graves, en los mismos sitios donde en otro tiempo habia hecho oir su canto de muerte la víctima destinada á morir bajo la cuchilla de piedra de Ovate, para aplacar á los dioses galos [7]!

Las mujeres, ese secso á la vez débil é intrépido, pues que esperimenta al mismo tiempo todos los temores y arrastra todos los peligros, quisieron contribuir por su parte á la destruccion del paganismo, y vinieron á abatirse como una bandada de blancas tortolitas, á la sombra de los bosques aun idólatras, bajo la proteccion de María. San Fremundo, un gran señor, cansado del mundo, que la mitra episcopal fué á buscar bajo el techo de paja de una humilde choza, y que lloró su pobre celdilla de Ham en el palacio de los obispos de Cotentino, hizo construir en su soledad tan querida un monasterio de religiosas que es uno de los primeros del que haya quedado memoria en la Armórica neustriana, uniendo á él una hermosa iglesia que dedicó á la Madre de Dios. Este monasterio fabricado hácia el año 674, fué destruido por los normandos idólatras, y reedificado espléndidamen-

1 Ese cánon está concebido en estos términos: "*Non licet inter sentes, aut ad arbores sarcivos, vel ad fontes vota ex solvere.*"
2 Se hacia en el encino, despues de haber levantado su corteza, una escavacion cuadrada donde se introducia el cuerpo del druida; se tapaba luego con un pedazo de madera verde, sobre la cual se dejaba caer la corteza: así el árbol, convertido en tumba continuaba viviendo. Se han encontrado de estos árboles osamentas casi en polvo, y á las que se acompañaban mieses y fabucos en estado de conservacion.
3 *Paul.*, lib. I, *Paschalis operis*, cap. II.
4 Capitul. *Caroli Magni*, lib. I, tít. 64.
5 Las asambleas druídicas mas solemnes, eran las de la luna nueva y del plenilunio: la de la nueva luna comenzaba cuando ese astro daba bastante luz para alumbrar el campo, por lo comun el sesto dia; pero su claridad no impedia el llevar antorchas. Véase *Hist. eccles. de Bret. introduc.* pág. 184.)

6 Hasta el sesto siglo, el clero llevó la toga blanca y sencilla del pueblo romano. El papa Celestino, en el año 428, reprochó á los eclesiásticos de Viena y de Narbona, porque en lugar de la toga, empezaban á usar un manto y un cinturon; manifestándoles que no es sino el amor de la castidad lo que se nos recomienda en el evangelio al prescribirse que debe de ceñirse la cintura; pero que no se debe corromper por supersticion la disciplina que tantos santos obispos han autorizado; y finalmente, que el clero no debia distinguirse de los fieles tanto por el vestido, cuanto por la ciencia y la pureza de costumbres. (Fleury, *costumbres de los cristianos, cap.* 41. Ibid., tom. II, pág. 185.)
7 Mr. Pitre Chevalier, en su interesante y patriótica obra sobre la Bretaña, ha insertado un canto bardito muy curioso atribuido á la víctima sobre el *dolmen;* este canto ha sido recogido por Mr. de Villemarque.—"¡Salud! oh tú, cuyas alas rompen los aires, tú cuyo hijo era el protector de los grandes privilegios, el heraldo bardo, el ministro ó el padre del abismo!—¡Mi lengua entonará el canto de muerte en medio del círculo de piedras que circunvala el mundo!—¡Protector de la Bretaña!—¡*Hú!* cuya frente despide rayos, sosténme! Es la fiesta alrededor de las dos lagunas; una me rodea y rodea el círculo del globo, el círculo rodea otro círculo ceñido de duelas profundas. Una hermosa region está delante de mí; grandes rocas la cubren, la serpiente se adelanta afuera arrastrándose hácia los vasos del sacrificador que tiene cuernos de oro. Los cuernos de oro en su mano, su mano sobre el cuchillo, el cuchillo sobre mi cabeza."

te por sus descendientes, los normandos cristianos.

La vecindad de la isla Británica, que los Anglo-Sajones, vencedores de los pueblos indígenas, habian sumergido de nuevo en la idolatría, era funesta á los pastores neustrianos; porque los idólatras de la Gran Bretaña, hacian causa comun con los de las Galias, y los fortificaban en su resistencia. El Evangelio, favorecido por una princesa merovingiana, habia penetrado de nuevo en la isla de los Bretones hácia el fin del siglo VI y se habia establecido allí, gracias á las prudentes medidas de Gregorio el Grande; pero este triunfo tan disputado no era todavía sino parcial: Edwin, uno de los príncipes mas poderosos de la heptarquía sajona, tuvo la gloria de asegurarlo. Habiendo, como Clovis, hecho voto de abrazar el cristianismo si ganaba una victoria sobre los pérfidos reyes del país de Gales que habian querido hacerle asesinar, y habiéndola obtenido, convocó luego el *Witena-gemote*, es decir, el gran consejo de los sabios, de los señores y de los guerreros de su reino, y despues de haberles espuesto sus motivos para abjurar de sus antiguos dioses, les preguntó su parecer.

Era un espectáculo estraño é imponente el que ofrecia aquel senado Anglo-Sajon deliberando sobre el cambio religioso que se le proponia El rey, jóven hermoso y valiente, presidia la asamblea, con la corona en la cabeza, la espada desnuda en la mano, segun la costumbre aquel tiempo, y envuelto en un gran manto prendido sobre los hombros: á sus lados estaban colocados los sabios de la nacion, ancianos sin armas, con túnicas largas, y gorros de forma frígia; despues seguian los gefes de guerra, con el vestido corto y ceñido, y cuyos cascos redondos y sin visera estaban adornados de un largo plumaje; en sus brazos brillaban pesados brazaletes de oro; de un estrecho cinturon que pasaba por encima del hombro colgaba su hacha de armas y su espada; en una mano tenian una lanza y en la otra un escudo redondo sembrado de clavos de oro; en el fondo estaban los sacerdotes cristianos y el gran sacerdote de los ídolos.

El resultado de esta conferencia nacional escedió á la esperanza de los obispos. El gran sacerdote del culto pagano fué el primero en declarar que sus divinidades eran impotentes. Un guerrero propietario, un *Thane*, comparó la vida del hombre al vuelo de un pajarillo que atraviesa un salon (quiza lo vió pasar en aquel momento). "Se vé la puerta por la cual entró, dice el gefe "Sajon, la ventana que atraviesa para salir; pero "¿de dónde viene? ¿adónde vá? Esto es el em-"blema de nuestra existencia. Si la nueva fe nos "quita esta incertidumbre, es necesario apresurarse " á adoptarla (1)."

A esto el rey se declara cristiano, y á su voz toda la asamblea renuncia solemnemente el culto de los ídolos: el pueblo imita al punto el ejemplo del senado y del príncipe. Tal fué la revolucion religiosa que tuvo lugar en la isla de los Bretones hácia el año de 620.

Los dioses germanos estaban vencidos en la Gran Bretaña, pero eldruidismo no lo estaba todavía; vivia aún en los antiguos bosques insulares, donde los ingleses en el siglo octavo, se gravaban figuras en la piel, como los salvajes de la América; á pesar de que los concilios declarasen que este modo estraño, que habia valido á los escoceses y á los bretones del Norte, el nombre de *Pictes* ó guerreros pintados, era una invencion diabólica (2). El rey Edgar prohibió, por una ordenanza del año 967, las asambleas supersticiosas llamadas *frithgear*, que se celebraban alrededor de las piedras druidas que aun se adoraban en el Northumberland, el Cumberland, el Yorkshire, el Devoushire, el Somersetshire, y sobre todo en el valle de Salisbury (3), el campo de Carnac de los ingleses, en donde se hallaba el célebre *Stone-heuge* (*el chorea giganteum* de los antiguos). Esta ordenanza no fué escrupulosamente obedecida, segun parece, pues que Canuto ó Cnut el Grande, un célebre rey del mar, se vió obligado á defender en el siglo undécimo el culto de las piedras, de las fuentes y de los árboles. En cuanto á los anglo-sajones, se convirtieron absolutamente sin que quedase ningun vestigio de su antiguo culto, y desde que sustituyeron en sus banderas la cruz de Nuestro Señor al caballo blanco de Hengisto, levantaron á porfía sobre todos los puntos de Inglaterra, conventos, catedrales, iglesias, ermitas y capillas en honor de la bienaventurada María (*blessed Mary*), unas veces sola, otras asociada de alguno de los apóstoles, ó de los santos sajones cuando los llegaron á tener. Nada habia mas sencillo que la mayor parte de esas primitivas iglesias anglo-sajonas. Enormes troncos de árboles sacados de los bosques vecinos y unidos entre sí con el musgo ó el césped mezclado de arcilla, formaban los muros; las paredes de lo interior, á donde se entraba por un pórtico adornado con algunas molduras, estaban cubiertas de una tierra gredosa que recibia cierta especie de pulimento, y sobre la cual se trazaban figuras coloreadas de un dibujo bárbaro (4). En el fondo del pequeño edificio, donde el viento, la lluvia y la luz penetraban juntos á través de los enrejados de mimbres que servian de vidrios (5), se levantaba, sobre un altar en forma de sepulcro y cubierto con un tapiz rojo (6), una imágen de la Santísima Virgen con el trage de señora sajona. Una torre de la cual pendia una

1 *Hist de Inglat.* por Mr. de Roujoux, tom. 1º

2 Esta costumbre fué prohibida en 787 por un concilio de Northumbria, como una impiedad pagana y como un rito diabólico.—[Véase *Concil.* Labbe, tom. VI.]

3 Véase *Cambden's Britannia.*

4 *Hist. de Inglaterra*, por Mr. de Roujox, tom, I.

5 Sir James Hall de Dunglass, en su *Ensayo sobre la arquitectura gótica*, dice que los cruceros de piedra, tan ligeros y tan elegantes de las grandes ventanas ojivales, son la imitacion de esas rejillas de mimbres de que hacen mencion las primeras leyendas cristianas de Inglaterra. [Véase *The Edimburgh philossphical transactions.*]

6 Debemos recordar que los antiguos altares del cristianismo fueron los sepulcros de los mártires; las telas frecuentemente muy ricas que cubrian los antiguos altares, eran de color rojo para imitar el color de la sangre, se iba algunas veces hasta Roma para procurarse los tellises que hubieran estado sobre el sepulcro de S. Pedro y de S. Pablo. [*Hist. Eclés. de Bretaña.*]

campana, coronaba el techo de paja de la capilla. Al frente de este monumento primitivo, se veia una cruz formada de dos árboles unidos con ramas de sauce, y coronada con una guirnalda de bos ó de yedra; esta era la señal del cambio del culto, y el trofeo del CRISTO sobre Zernebeck y sobre Hertha. Un poco mas tarde, los obispos anglo sajones hicieron venir de Roma pintores, vidrieros y arquitectos (1); pero las catedrales y las abadías que construyeron bajo la invocacion de María y de los santos, participaron del estilo tosco y poco agradable que reinaba en aquella época atrasada.

Cuando Guillermo de Normandía conquistó la Inglaterra, las iglesias anglo-normandas, con sus flechas atrevidas, y sus torres espléndidas que llegaban hasta las nubes, vinieron á colocarse, con todo el orgullo de su arquitectura asombrosa, al lado de las pesadas iglesias y de las sencillas capillas de los sajones. Pero ellas, no obstante su falta de elegancia, tenian un encanto poderoso que obraba fuertemente sobre la multitud subyugada; allí era donde los vencidos venian á orar y á llorar. La Vírgen, que en tiempos mejores habian venerado allí; la Vírgen, que segun la costumbre de esos tiempos, tenia su trage nacional, era para ellos mas accesible, mas indulgente, mas dispuesta en fin, á socorrerlos, en esos recintos religiosos donde reinaba sobre los sepulcros de sus abuelos y sobre los santos de la vieja Inglaterra.

El cristianismo, que Santiago introdujo en España cuatro años despues de la muerte de Nuestro Señor, segun consta de la antigua tradicion de aquella nacion, y donde hizo desde luego rápidos progresos, florecia tambien aunque mezclado con el arrianismo, desde la invasion de los Godos y de los Vándalos. El culto de María era allí popular no obstante la preeminencia que disfrutaba el de San Vicente, el gran mártir de *Caesar-Augusta*, hoy Zaragoza, que Prudencio ha celebrado en sus himnos, verdaderamente antiguos por su forma y su grandeza. Nuestra Señora del Pilar, que no fué en su principio, segun parece, sino una pobre capilla de piedras y de césped, era ya una magnífica iglesia romana, objeto de piadosas peregrinaciones, y en la cual la estátua de la Santísima Vírgen, desde lo alto de su rica columna de mármol, parecia sonrerir al pueblo español de rodillas puesto á sus piés. Nuestra Señora de Toledo, metropolitana de toda la España, cuya fundacion, segun el aserto de varios historiadores españoles, sube hasta los primeros siglos de la Iglesia, habia sido consagrada auténticamente el año de 630, por el rey Godo Recaredo, el primero de España que mereció el título de cátolico, porque arrojó á los arrianos de su reino despues de haber hecho condenar sus errores por un concilio celebrado en Toledo. Pero el santuario de María mas visitado del pueblo español, desde los tiempos remotos, cuya historia procuramos trazar ligeramente, fué el que se elevaba en Asturias bajo la advocacion de Nuestra Señora de Covadonga; y era porque, bajo la bóveda natural de esa gruta asturiana consagrada á María por los antiguos anacoretas, cuando combatian el druidismo en el fondo de los bosques españoles, donde se mantuvo mucho tiempo (2), la bandera de la independencia y la bandera Santa de la Cruz, se habian refugiado como en su último asilo despues de la funesta batalla del Guadalete, que entregó la España á los sectarios del islamismo. Abandonando bosque tras de bosque, montaña tras de montaña, y retrocediendo con una lentitud héroica hasta el monte Autiba, desde el cual se descubre el mar de Cantabria, último límite de la España, Pelayo, jóven príncipe de sangre real y la sola esperanza de su patria, se refugió algun tiempo con un puñado de valientes, en esta caverna inaccesible, que la piedad de los montañeses asturianos habia consagrado á la Vírgen, y en la que se veía su dulce imágen, colocada sobre una roca que le servia de altar. Al entrar el héroe español, en este templo agreste concibió alguna esperanza, por la suerte de su patria, y arrodillándose con sus compañeros á los piés de la imágen venerada, se puso solemnemente bajo su proteccion, y puso tambien bajo la misma proteccion los negocios desesperados de la España; así pues el nombre de Nuestra Señora de Covadonga vino á ser su grito de guerra, fortificándose desde luego con los suyos en la misma montaña que *ella* protegia. La Madre de Dios acogió begninamente los votos del príncipe godo, y le plugo manifestarle su proteccion, haciendo ganar á los españoles una gran victoria sobre los moros mandados por el gobernador musulman Alcama (3).

Atribuyendo Pelayo á la Vírgen Santísima esta victoria inesperada, para demostrarle su reconocimiento, mandó construir, junto á la caverna natural que estaba al lado de una roca al pié de la cual arrastraba sus aguas el Auseba, una iglesia que nombró Nuestra Señora de *Covadonga* (Caverna), en donde toda la España vino despues á orar (4).

Los descendientes de Clovis *el hermoso, ó el cabelludo*, como le llama el prólogo de la ley Sálica, habian degenerado mucho del valor y de la habilidad de este príncipe. La lámpara de los meronvingianos, ya casi consumida, iba á apagarse sin arrojar el menor destello; sus reyes indolentes que no eran ya sino vano simulacro de la majestad, se presentaban al pueblo una vez al año sobre un carro adornado de verdes ramas y de flores, arrastrado por cuatro perezosos bueyes, que conducian al

1 *Misit legatarios in Galliam, qui vitri factores, artifices videlicet Britanniis ea tenus incognitos ad cancellandos ecclesiæ, porticus et cænaculorum ejus fenestras, abducerent.* [Beda, lib. de *Wiremuthensi monasterio* cap. V.]

2 El duodécimo y décimosesto concilio de Toledo, de los cuales uno se celebró el año 681 y el otro en 693, amonestan en el undécimo y duodécimo cánon, que los que tributen un culto religioso á las piedras y á los árboles, sacrifican á Satanás.

3 Segun el Padre Mariana, ese ejército era de sesenta mil hombres. Sebastian obispo de Salamanca, y Ambrosio de Morales le dán un número mucho mayor.

4 La iglesia de Nuestra Señora de Covadonga, se ha conservado hasta 1775, en que fué presa de las llamas. El piadoso rey Cárlos III quiso que se reedificará con magnificencia, y con este objeto hizo comenzar los trabajos que aun no se han concluido. Este santuario está situado en la provincia de Oviedo.

campo de Mayo esas fantasmas de príncipes, á quienes pudo con un soplo, pero no quiso, desaparecer el poderoso Cárlos Martel. Eran piadosos, sin embargo, y hácian edificar muchos monasterios, mas la sola piedad no basta para sostener un cetro; el de la Francia, que es pesado, necesita de un brazo firme, de un corazon intrépido, de una cabeza fuerte y de un espíritu prudente. Los mayordomos del palacio tenian felizmente para la Europa cristiana, todas estas calidades, como se vió bien pronto en la guerra contra el islamismo (1).

Los moros, dueños de la España, habian arrojado desde lo alto de los Pirineos una mirada codiciosa sobre la Francia, el mas hermoso reino de occidente; parecióles, pues, que seria bueno introducir allí el islamismo, y cambiar en mezquitas sus iglesias cristianas; y apenas concibieron este proyecto cuando lo ejecutaron. Las ricas llanuras del medio dia fueron muy pronto inundadas de un ejército numeroso que saqueaba á su paso los antiguos santuarios, y que considerándolos cual si fuesen ídolos, destruia las estátuas de la Vírgen y de los Santos.

Desde los Pirineos hasta el Rhin tembló toda la Francia: las iglesias eran demasiado estrechas para contener las poblaciones arrodilladas que pedian á Dios y à su Santa Madre ayuda y socorro contra los infieles; los obispos se armaban; los abades mitrados marchaban al combate bajo la bandera de su abadía; el de San Dionisio hácia llevar el oriflama que no era otra cosa que él estandarte de su mismo convento. La Aquitania desplegaba la imágen de San Marcial, y Cárlos Martel la capa de San Martin de Tours, que era entonces el estandarte real de Francia. Era verdaderamente una guerra santa, y vemos que los que sucumbieron en ella fueron colocados en el cátalogo de los mártires.

La batalla en la cual la cimitarra de los sarracenos y el hacha de los francos iban á decidir de los destinos del mundo, y asegurar el triunfo del Evangelio ó del Koran, se dió en las llanuras de Poitiers. Los dos ejércitos se contemplaron al principio con igual sorpresa; los franceses no podian menos de admirar esa brillante caballería oriental, orgullosa con tantos triunfos y cargada con los despojos del Africa y del Asia. La tierra se estremecia bajo las pisadas de esos corceles árabes que ahondaban el suelo con sus cascos y parecian decir: "¡marchemos!" como su tipo inmortalizado en la sublime descripcion de Job. La vista se deslumbraba con el brillo de los vestidos flotantes de los sarracenos, con la riqueza espléndida de sus turbantes, y con los destellos que despedian sus bruñidas corazas y lucientes cimitarras.

El ejército de los franceses, que se habia formado en ángulo para la batalla, ofrecia á los hijos de Ismael un espectáculo menos imponente y menos estraño. Aquellos guerreros ágiles con sus cortos y ajustados vestidos, y que superaban á los mas rápidos corceles en celeridad; aquella formidable infanteria, que en sus maniobras reunia á la antigua táctica de las legiones romanas, la ferocidad germánica, y cuyo triángulo erizado de temibles franciscas y de agudas lanzas, avanzaban sobre los escuadrones enemigos de un modo impetuoso y compacto, llenaba de asombro á los árabes, que se apercibieron muy pronto, segun dicen los antiguos cronistas, de que iban á habérselas con godos menos degenerados, y que vencer á Carlos era mas dificil que vencer á D. Rodrigo.

La batalla famosa de Jerez que entregó la España á los moros duró ocho dias enteros; la batalla de Tours que salvó á la Francia, no duró mas que el tiempo que tarda en mostrarse el sol y ocultarse en el horizonte. Los árabes cargaron muchas veces sobre el ejército de Cárlos Martel, arrojando uno tras otro sus batallones á la refriega, como se suceden las encrespadas olas en un dia de tormenta; pero su furia desordenada se estrellaba entre las masas formidables de los guerreros francos, á quienes un portugués, el obispo Isidoro, autor contemporáneo, compara á esos muros de hielo contra los cuales vienen á romperse y á fundirse, sin dejar ni el mas leve rastro. Por último, el feroz Abderraman, teniente del Califa, cuya autoridad se estiende á toda la España conquistada, cae rendido bajo el hacha poderosa de Cárlos (*). Las sombras de la noche separaron á los combatientes; y al siguiente dia, cuando las tropas cristianas se precipitaron sobre el campo musulman para completar su destruccion, lo encontraron desierto y abandonado: ¡los moros habian huido para siempre! Entonces cada batallon fué recibido en la ciudad á que pertenecia, y que con su esfuerzo habia libertado, al sonido gozoso de las campanas y á los acentos religiosos del cántico de los salmos, oyéndose repetir por todas partes estas palabras que se hallan consignadas en la ley sálica: "¡Honor á Cristo que ama á los francos, que protege sus ejércitos, y pone su reino bajo de su amparo!"

1 La palabra *islamismo* significa consagracion á Dios;

* Se comprende desde luego la parcialidad con que sobre este punto habla el autor al tratar de la invasion de las Galias, comparándola á la de la España. Sin disminuir el mérito de la batalla de Tours, debe observarse que antes de ella los sarracenos habian invadido toda la Galia Narbonense y lo que se llamaba la Occitania, llegando á amenazar hasta los muros de la antigua Lutecia: pero los árabes no invadieron la Francia en el número formidable que en España, á donde tuvieron que dejar lo mejor de sus ejércitos para guardar las ciudades conquistadas, ni esta nacion se hallaba entonces en la situacion favorable que la Francia para resistirles.—N. del T.

CAPITULO VIII.

DE LOS HOMBRES DEL NORTE.

El último de los merovingianos, habia trocado la dalmática blanca y azul, el círculo de oro esmaltado de pedrerías, y la vara de oro de seis piés, encorvada como un báculo, que constituía el cetro de los reyes de larga cabellera, por el hábito monástico; era un fantasma menos del poder. Como desde mucho tiempo antes los mayordomos de palacio eran reyes de hecho, la desaparicion del último descendiente de Clovis hizo tan poco ruido en el mundo, que las crónicas de aquel tiempo se limitan á decir, con una concision en que se entreve el menosprecio, que los francos reunidos en Soissons fueron los que depusieron á Childerico y dieron la corona á Pepino. Este príncipe de Austria, que acababa de colocar atrevidamente sobre su frente la corona de Francia, violando, de acuerdo con los nobles, todas las leyes de la monarquía, tenia una espada capaz de defenderla, y una cabeza bastante fuerte para llevarla. Su valor era muy conocido; su prudencia era proverbial, y se mostró mas piadoso que su padre Cárlos Martel, de gloriosa memoria, el cual saqueó la Iglesia despues de haberla libertado. Pepino, que se distinguia por su devocion á la Santísima Vírgen, fué ungido por Bonifacio, arzobispo de Mayenza, en la célebre iglesia abadial de Nuestra Señora de Soissons, en donde Gisela, una de sus hijas y hermana querida de Carlo-Magno, tomó el velo. Esté fué aquel príncipe que dió al monasterio merovingiano de Nuestra Señora de Argenteuil una parte del inmenso bosque que le rodeaba. Pepino el Breve fundó tambien en el antiguo bosque germánico que despues fué tan célebre y temido con el nombre de la Selva-Negra, una hermosa capilla en honor de María. Hé aquí el orígen de esta fundacion: Un dia que en compañía de sus cortesanos cazaba en este bosque, se apartó de su comitiva, y no sabiendo qué camino tomar, vacila sobre cuál sendero escoger, cuando llega á sus oidos el tañido de la campana de una ermita que traian las brisas del otoño; el príncipe franco volvió su caballo hácia el punto de donde venia aquel llamamiento religioso, y á poco andar distinguió en un sitio agreste, pero hermoso, donde borbota un manantial de agua viva, una capillita construida, ó por mejor decir, empezada por un pobre monge escoces. Este pequeño edificio, construido sin el compas del arquitecto, ni la llana del albañil, no dejaba, sin embargo, de manifestar un ornato sencillo y hermoso: las zarzas habian entrelazado sus torcidos juncos cubiertos de hojas de un verde sombrío en las estrechas hendeduras, y el ramaje de oro y púrpura de la vid silvestre, parecia reflejar en su recinto destruido los ricos tintes del sol poniente.

Los reyes de aquel tiempo, algun tanto orgullosos por naturaleza, se despojaban de sus modales altaneros ante todo signo ó emblema de la religion cristiana. Al descubrir la cruz negra de la ermita, el descendiente del vencedor de los moros se descubrió la cabeza, y se inclinó cual lo hubiera hecho el último de los pastores de su reino; atando en seguida su caballo á un árbol, penetró en el humilde santuario erigido bajo la invocacion de María. La desnudez y abandono del lugar santo, por cuyo techo arruinado se veían los pinos ondular sus copas frondosas y las nubes cruzar el espacio, no entibiaron en manera alguna la piedad del valiente monarca. Habiendo orado devotamente ante una Madona mal esculpida, que hoy haria llorar á un niño y estremecer á un artista, el príncipe, no queriendo salir del lugar santo sin dejar en él una muestra de su presencia, puso al pié del altar su toca bordada de oro y adornada de piedras preciosas. Vuelto á su palacio hereditario de Heristal, Pepino no olvidó en medio de los cuidados y de los goces de la dignidad real la pequeña ermita de María, la que hizo construir de nuevo dotando su culto con magnificencia (1).

Carlo-Magno, ó *Cárlos el Grande*, como le dicen los cronistas francos, no rechazó la herencia religiosa de la piedad de su padre. Consérvase el recuerdo de una de sus piadosas visitas á Nuestra Señora del Marillais, en Anjou, peregrinacion que data, segun pretenden, del siglo cuarto, y que entonces era uno de los templos mas frecuentados del mundo cristiano (2). El pueblo romano, aunque acostumbrado al lujo y al esplendor, se deslumbró al ver las ricas donaciones que hizo á Santa María la Mayor, en la visita verificada en Roma. La Germania fué tambien dotada por él con tres iglesias del nombre de María; pero no quedó en esto su fervorosa devocion.

Despues de haber exhumado la ciudad termal de Granus, cuyo cadáver habia hallado casualmente estendido sobre los musgos del hermoso valle que el Rhin y el Mosa riegan con sus aguas, Carlos, que queria escogerlo para residencia del imperio franco, hizo construir allí cerca de su vasto palacio y bajo la invocacion de María, una capilla ú oratorio de figura octágona, cuyos mármoles fueron transportados de Italia, que alumbró con vidrieras incrustadas de oro y piedras, y cerró con puertas de luciente metal. Esta capilla igual en estension á las basílicas, y que despues ofreció un magnífico asilo á los restos mortales del gran emperador, fué tan célebre que la ciudad germánica, de la cual era el mas bello título de gloria, se honraba de llevar su nombre. Desde el tiempo del emperador Luis I hasta el año de 1556, treinta y seis reyes y diez reinas fueron coronados en el suntuoso altar de Nuestra Señora. Este santuario llegó á ser tan frecuentado, que en 1496 se contaron en él, en un solo dia, ciento cuarenta y dos mil peregrinos.

La corte de Carlo-Magno lo imitaba en su tierna y profunda piedad por la Santísima Vírgen. Cuando aquel emperador publicó su edicto de guerra contra el rey musulman de Córdoba, y llamó á todos los condes de la Francia meridional bajo el estandarte en que figuraba el arcángel San Miguel, el héroe de aquella época, el célebre paladino Rolando, su sobrino, antes de atravesar los Pirineos que debian serle tan fatales, hizo una romería á Nuestra Señora de Roc-Amadour, acompañado de muchos nobles señores. El príncipe Carlovingio, despues de invocar piadosamente á María, le ofreció un donativo de plata del peso de su *Bracmar*, (espada) y le consagró esta arma que habia adquirido tanto renombre. Al volver á Francia cubierto de gloria, la retaguardia del ejército que man-

1 Astolfi, *Delle imagini miracolose.*
2 Grandet, *Hist. Eclés. de Anjou.*